

Prefacio

Mi nombre es Robert Sherard y fui amigo de Oscar Wilde. Nos conocimos en París, en 1883. Él tenía en aquel entonces veintiocho años y ya había alcanzado la fama como escritor, hombre de avezado ingenio, *raconteur* y por haberse convertido en la «personalidad» pre-eminentemente del momento. Yo tenía veintidós años y no era más que un aspirante a periodista y a poeta y prácticamente un desconocido. Nos vimos por última vez en 1900, de nuevo en París, no mucho antes de su muerte prematura. Durante los diecisiete años que duró nuestra amistad, mantuve un diario de nuestros encuentros. Aunque no fuimos amantes, conocí bien a Oscar. No creo faltar a la verdad si me atrevo a afirmar que pocos le conocieron mejor que yo. En 1884, fui el primero a quien Oscar recibió tras su boda con Constance Lloyd. En 1895, fui también el primero que le visitó en Wandsworth Gaol tras su encarcelamiento. En 1902, me convertí en su primer biógrafo.

Cuando escribí ese primer testimonio de la vida de Oscar, conté lo acontecido lo mejor que supe y pude. Dije la verdad y nada más que la verdad..., aunque no toda. Poco antes de su muerte, confesé a Oscar que planeaba escribir sobre él después de que él nos abandonara. Su respuesta fue terminante: «No lo cuentes todo. ¡Aún no! Cuando escribas sobre mí, no hables de los asesinatos. Deja eso para más adelante». Así lo he hecho... hasta ahora. Escribo estas líneas en septiembre de 1939. Estoy ya viejo y el mundo está al borde de una nueva guerra. Mi tiempo se acaba, pero antes de marcharme tengo aún por delante un últi-

mo cometido: contar todo lo que sé sobre el Oscar Wilde poeta, dramaturgo, amigo y detective...

En *De Profundis*, mi amigo me hizo un gran honor. Me describió como «el más valeroso y caballeroso de todos los seres brillantes que pueblan el mundo». Oscar Wilde fue siempre extremadamente bondadoso conmigo y ruego que me crean si les digo que he puesto en las páginas que siguen a este prefacio todo mi empeño a fin de hacerle justicia.

RHS

Dieppe, Francia

Septiembre de 1939

Considera tu buen nombre como la joya más valiosa que poseer puedas, pues el reconocimiento es como el fuego: una vez que hemos logrado que prenda, conservamos fácilmente encendida su llama, pero si alguna vez permitimos que se extinga, nos resultará ardua la tarea de volver a avivarla. El modo de labrarnos una buena reputación es esforzarnos por ser lo que deseamos aparentar.

SÓCRATES (470-399 a.C.)

1

La pitonisa

Era domingo, 1 de mayo de 1892. Hacía frío aunque lucía un sol radiante. Recuerdo en particular el modo en que un luminoso rayo de luz vespertina se colaba por la ventana delantera del primer piso del número 16 de Tite Street, en el barrio de Chelsea, la residencia londinense de Oscar y Constance Wilde, e iluminaba perfectamente dos figuras sentadas muy juntas delante de una mesilla, al parecer tomadas de la mano.

Yo las observaba de pie junto a la ventana. Una de las figuras era una mujer, una viuda de poco más de cuarenta años y de agradable figura, bien conservada y con un rostro fino y bondadoso —ligeramente salpicado de arrugas aunque en ningún caso ojeroso— y ojos grandes y expresivos. Iba toda vestida de seda negra, y en la cabeza, que mantenía perfectamente erguida sobre los hombros, llevaba un turbante de terciopelo, también negro, coronado por una única y asombrosa pluma de pavo real turquesa y plateada. El color de la pluma hacía juego con el de su pelo.

La otra figura sentada a la mesa resultaba igualmente llamativa. Se trataba de un hombre corpulento de treinta y siete años, alto, entrado en carnes, con una elegante cabeza coronada por una densa mata de cabello castaño oscuro, grandes ojos semicerrados y labios carnosos que al abrirse dejaban a la vista una boca

generosa abarrotada de dientes irregulares. Tenía la tez clara y pálida, salpicada de pecas. Vestía un traje de lino de color arena diseñado por él mismo. Llevaba al cuello una holgada corbata también de lino de color verde Lincoln y una amarilis fresca de color coral en la solapa.

La mujer era la señora Robinson, una clarividente cuya clientela incluía, entre otros, al mismísimo príncipe de Gales. El hombre era Oscar Wilde, poeta, dramaturgo y sin duda la sensación literaria del momento.

Despacio, con sus dedos enguantados, la señora Robinson acariciaba la mano derecha de Oscar Wilde, contra cuya palma frotaba repetidamente y con suavidad el dedo meñique. A su vez, iba tomando entre el índice y el pulgar derecho cada uno de los dedos del poeta, tirando de ellos con delicadeza. Durante un buen rato, mantuvo la mirada concentrada en la mano abierta que él le tendía sin decir nada. Por fin, se llevó la palma a la mejilla y la mantuvo allí. Suspiró, cerró los ojos y murmuró:

—Veo una muerte repentina en esta mano infeliz. Una muerte cruel, inesperada y extraña. ¿Será un asesinato? ¿O acaso un suicidio?

—¿O será quizá que la pitonisa intenta ganarse su guinea añadiendo a su lectura un toque melodramático? —Oscar retiró la mano del tierno contacto de la señora Robinson y dio una palmada en la mesa, acompañando el gesto con una sonora risotada—. Va usted demasiado lejos, mi querida señora —exclamó—. Esto no es más que una simple merienda y no esperamos invocar aquí al barón de Cawdor*. Hay niños presentes. La hemos convidado para divertir a los invitados, señora Robinson, no para aterrorizarlos.

La mujer inclinó su cabecita de pájaro hacia un lado y sonrió.

* Barón de Cawdor: referencia a *Macbeth* y a una de las profecías que las brujas de la obra lanzan sobre él. (*N. del T.*)

—Yo veo lo que veo —dijo sin el menor asomo de rencor.

Oscar también sonreía. Se volvió de espaldas a la mesa para mirar al otro lado del caudal de luz y fijar los ojos en un joven de porte militar que, como yo, observaba la escena a un metro de allí en solitario.

—Acuda en mi rescate, Arthur —le instó—. La señora Robinson ha visto «una muerte repentina» en mi «infeliz mano». Usted es médico. Necesito una segunda opinión.

Arthur Conan Doyle, cuyo trigésimo tercer cumpleaños tendría lugar dentro de tres semanas, prácticamente se había convertido ya en un héroe nacional. Sus *Aventuras de Sherlock Holmes*, publicadas en la revista *Strand*, eran una auténtica sensación en todo el país. El propio Doyle, físicamente hablando, tenía más en común con Watson que con Holmes. Era un hombre apuesto, corpulento y ancho de hombros, provisto de un potente apretón de manos, unos ojos brillantes y una sonrisa genial que ocultaba bajo un formidable bigote de morsa. En suma, un hombre como pocos y un verdadero amigo de Wilde, tanto en los buenos como en los malos momentos.

—Como bien sabe, he dejado la práctica de la medicina, Oscar —dijo, acercándose a la mesilla que estaba junto a la ventana—. Aun así, si desea saber mi sincera opinión, no debería prestar atención a esta clase de tonterías. Pueden resultar peligrosas. Conducen vaya usted a saber dónde. —Dedicó una reverencia ligeramente envarada a la señora Robinson—. Espero no haberla ofendido, señora.

—No se preocupe —replicó ella con elegancia—. Nada de lo que haga el creador de Sherlock Holmes puede provocar la menor ofensa.

Las mejillas de Doyle se tiñeron de escarlata. Ciertamente, se sonrojaba con facilidad.

—Es usted demasiado amable —masculló sin ocultar su incomodidad.

—Y usted demasiado ridículo, Arthur. No le haga caso, señora Robinson, Doyle está en todo. Aunque no me sorprende. Se ha mudado a South Norwood..., dondequiera que esté eso.

—No queda lejos —protestó Doyle.

—Está a un mundo de aquí, Arthur, y usted lo sabe. Por eso ha llegado tarde.

—He llegado tarde porque estaba terminando una cosa.

—Su escultura. Sí, ya lo sé. La escultura es su nueva afición.

Conan Doyle se apartó de la mesa.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó—. No se lo he dicho a nadie..., a nadie en absoluto.

—Oh, vamos, Arthur —dijo Oscar, levantándose con una sonrisa e inclinando la cabeza hacia la señora Robinson al tiempo que se alejaba de la mesa—. Le he oído cuando le hablaba a mi esposa de la espaciosa cabaña que tiene al fondo de su nuevo jardín y de las horas de felicidad que tiene previsto pasar en ella, «en su fría humedad». Sólo un escultor puede sentir deseos de disfrutar de ese modo de un espacio húmedo y frío: es el marco ideal para mantener húmedo el barro.

—Me asombra usted, Oscar.

—También la señora Robinson habría descubierto su secreto... simplemente examinándole las uñas. Mírelas, Arthur. ¡Le delatan por completo!

—Es usted extraordinario. No deja de maravillarme. ¿Sabe que he pensado incluirle en una de mis historias..., en el papel del hermano mayor de Sherlock Holmes?

—Sí, eso me ha dicho. Aunque, si mal no recuerdo, será un hombre obeso e indolente. No sabe cuánto me halaga.

Conan Doyle se rió y propinó a Oscar una palmada en el hombro que impactó en él con desconcertante fuerza.

—Me alegro de haber venido a su fiesta, amigo mío. A pesar de las compañías que frecuenta —dijo.

—No es mi fiesta, Arthur, sino la de Constance. Los invita-

dos son en su totalidad poseedores de una alarmante respetabilidad, y el motivo del evento es incuestionablemente justo.

La fiesta, organizada para unos cuarenta invitados entre hombres, mujeres y niños, pretendía acumular fondos para ayudar a una de las organizaciones de caridad favoritas de Constance: la Asociación para la Racionalidad en el Vestir. La organización, inspirada en el ejemplo de Amelia Bloomer en Estados Unidos, se dedicaba a promover modas para mujeres que no «deformaran el cuerpo ni lo pusieran en peligro». La asociación mantenía la convicción de que ninguna mujer debía verse obligada a soportar la incomodidad y el riesgo para la salud que implicaba la corsetería restrictiva y en exceso apretada ni a llevar encima más de dos kilos y medio de ropa interior. Constance hablaba conmovedoramente del peligro al que se exponían muchas mujeres —montones de ellas todos los años: jóvenes y ancianas, muchachas del servicio y damas de alta alcurnia— que sufrían mutilaciones o que ardían hasta la muerte cuando sus voluminosas faldas, enaguas y corsés prendían accidentalmente en la llama de una vela o rozaban accidentalmente la lumbre de un hogar y ardían como piras.

Oscar y Arthur se quedaron juntos de pie, recorriendo la estancia con los ojos. Conan Doyle se inclinó hacia delante y apoyó las manos en el respaldo de una de las sillas de bambú blanco y negro de los Wilde.

—Sin duda la fiesta es por una buena causa —dijo—. No tema: ya he formalizado mi suscripción. —Sonrió a Oscar y añadió—: Sin embargo, todavía no estoy del todo convencido de la absoluta respetabilidad de sus invitados. Por ejemplo, ¿quiénes son esas dos de ahí? —preguntó, señalando con la cabeza hacia el piano.

—Ah —fue la respuesta de Oscar—. La señorita Bradley y la señorita Cooper.

—Parecen un par de deshollinadores.

—Sí —dijo Oscar, entrecerrando los ojos para mirar a las dos señoras—. Diríase que han venido *en travestie*. Creo que los disfraces son una elección deliberada. Probablemente deseaban traernos suerte. Ni que decir tiene que no son deshollinadoras de profesión, sino poetisas. O quizá debería decir mejor que «son un poeta». Escriben juntas bajo un solo nombre. Se auto-denominan «Michael Field».

—Las he estado observando en el pasillo y las he visto fumar cigarrillos y besarse en los labios.

—Qué extraordinario —dijo Oscar, meneando la cabeza con cierto aire melancólico—. Sobre todo teniendo en cuenta la feroz epidemia de gripe que está azotando Chelsea esta primavera.

—¿Y qué me dice del caballero de aspecto enfermizo que tenemos allí? Apostaría a que es uno de esos rufianes adictos a las drogas, Oscar.

—¿George Daubeney? —exclamó el poeta—. ¿El honorable reverendo George Daubeney? Es un clérigo, e hijo de barón.

—¿En serio? —respondió Arthur, riéndose entre dientes—. ¿Por qué me resulta familiar ese nombre?

—Desgraciadamente, ha aparecido en todos los periódicos. El reverendo George ha sido demandado por haber roto su compromiso de matrimonio. Un asunto de lo más desafortunado. Ha perdido el pleito y con él toda su fortuna.

—Al parecer no es un hombre de mucha palabra —dijo Conan Doyle.

—Y me temo además que tiene un padre severo que se niega a salir en su defensa. Aun así, le profeso cierto cariño. Es el asistente del capellán de la Cámara de los Comunes y ejerce de párroco a tiempo parcial en el Circo Astley, en la orilla sur del puente de Westminster.

—¡No me extraña que le haya tomado cariño, amigo mío! Es usted incapaz de resistirse a lo improbable.

Fue Oscar quien se rió entonces entre dientes al oír el comentario del médico. Tocó a Conan Doyle en el hombro, invitando a su amigo a estudiar con detenimiento a los presentes en la estancia.

—Mire a su alrededor, Arthur. Es usted un hombre de mundo, acostumbrado a lo mejor y lo peor de él. Ha viajado por el Ártico a bordo de un ballenero. Ha vivido en Southsea fuera de temporada. Está familiarizado con todo tipo y con toda suerte de hombres. Eche una mirada a la surtida muestra de individuos reunidos aquí esta tarde, en este salón, y dígame cuál de ellos, a su entender, le resulta, por su aspecto, el más incontrovertidamente «respetable».

A Doyle el reto se le antojó entretenido. Dio un paso atrás y se quedó de pie con los puños apoyados en la cintura. Frunció los labios, entrecerró los ojos y despacio, con sumo cuidado, contempló la escena que tenía ante los ojos. Indudablemente, Constance había logrado reunir a una variopinta multitud con motivo de su merienda para recaudar fondos para una causa caritativa.

—¿Qué es lo que estoy buscando exactamente, Oscar?

—El *súmmum* de la respetabilidad —fue la respuesta de Wilde—. El rostro, la figura, la actitud, la apariencia que le diga: «Este tipo es de fiar, no me cabe la menor duda».

—Mmm —gruñó Doyle, escudriñando uno a uno los rostros que le rodeaban—. Todos me resultan un poco dudosos, ¿no le parece? —Miró entonces más allá de donde estaba George Daubeney, en dirección a la puerta, al lado de la que estaban Charles Brooke, el rajá inglés de Sarawak y una amiga íntima de Constance inmersos en una entretenida conversación—. Brooke es a todas luces un líder, ¿no cree? Le conozco ligeramente. Un auténtico caballero donde los haya.

Oscar levantó el índice y lo agitó en el aire en un ademán claramente admonitorio.

—No, no, Arthur. No me hable de la gente a la que ya conoce. Quiero oír de usted un juicio basado única y exclusivamente en las apariencias. Eche una mirada al salón y elija a una persona que, a su entender, posea cierto aire de absoluta respetabilidad.

—¡Ya la tengo! —exclamó Doyle, triunfal—. ¡Allí! —añadió, señalando a un joven de pelo rojizo y altura y constitución medias que estaba en compañía de Constance Wilde en el extremo más alejado de la habitación. Cyril, el hijo mayor de Constance, que casi había cumplido siete años, estaba al lado de su madre con los brazos alrededor de sus faldas. Vyvyan, el menor, de cinco años y medio, estaba felizmente sentado sobre los hombros del joven, tirándole del cabello.

—He ahí a su hombre, Oscar —dijo Conan Doyle—. Tiene mano con los niños... y los niños se encuentran a gusto con él. Ésa es una buena señal.

—Es el padrino de Vyvyan.

—No me sorprende. Buena elección. Tiene el aspecto de ser un tipo de absoluta confianza. ¿Cómo se llama?

—Edward Heron-Allen.

—Un nombre fiable —apuntó Conan Doyle con evidente satisfacción.

—Sin duda —intervino Wilde con una sonrisa.

—Un apellido respetable.

—Ciertamente.

—¿Y su profesión, Oscar? No hay más que verle para saber que es todo un profesional.

—Abogado. E hijo de abogado.

—Naturalmente. Tendría que haberlo adivinado. Mire su rostro despejado..., un rostro que infunde confianza. Es el rostro de un joven bondadoso, un hombre respetable y de intachable conducta. ¿Qué edad tiene? ¿Lo sabe?

—Calculo que debe de rondar los treinta años.

—¿Y puedo preguntarle qué edad tiene el honorable reverendo George Daubeney?

—Supongo que la misma, más o menos.

—Sin embargo, Daubeney parece diez años mayor, ¿no cree? —dijo Doyle al tiempo que apartaba los ojos de Oscar para fijarlos en Constance—. Me temo que el rostro de Daubeney es el vivo reflejo de una vida de disipación. El de mi hombre, en cambio, habla de La Gran Vida al Aire Libre. Tiene buen color en las mejillas, una mandíbula bien perfilada, los ojos brillantes y la conciencia tranquila.

—Vaya, Arthur. Ya veo que siente una clara atracción hacia él. La risa de Conan Doyle saludó el comentario.

—Simplemente me limito a hacer lo que me ha pedido, Oscar..., juzgar por las apariencias. La de Edward Heron-Allen resulta absolutamente tranquilizadora. No me lo negará. Mire su traje.

—El corte es excepcional.

—Exacto. Lejos de ser un dandi, es todo un caballero. Su traje es sobrio, exactamente de la suerte que puede esperarse de un abogado en domingo. Y, a juzgar por su corbata, me atrevería a afirmar que estudió en Harrow.

—Así es —dijo Oscar con una amplia sonrisa—. Y que jugó al críquet con los First XI.

Conan Doyle echó una mirada a la amplia y maliciosa sonrisa de su amigo y de pronto empezó a golpearse la frente con el puño cerrado.

—Oh, Oscar, Oscar —gruñó, arrepentido—. ¿He mordido acaso su anzuelo? ¿He caído de cabeza en una trampa para elefantes? ¿Está a punto de revelarme que mi supuesto modelo de respetabilidad es en realidad el mayor rufián del salón?

—No —respondió Oscar con expresión despreocupada—. En absoluto. Pero todos tenemos nuestros secretos, Arthur, ¿no cree?

—¿Y cuál es el de mi hombre? ¿Ha malversado quizás el capital de toda su clientela?

—Esta enamorado de Constance.

—¿De su esposa?

—La misma.

Conan Doyle pareció preocupado. Era un marido fiel y concienzudo. Su joven esposa, conocida como «Touie», padecía tuberculosis. Aunque Doyle se movía con absoluta libertad sin ella, Touie jamás estaba lejos de sus pensamientos. Se atusó suavemente el bigote.

—¿Y no le preocupa que ese tipo, el tal Heron-Allen, esté enamorado de su esposa?

—No —respondió Oscar—. En lo más mínimo.

—¿Y la señora Wilde? —preguntó Doyle—. ¿Cómo se siente?

—A la señora Wilde no le importuna —dijo el escritor con una sonrisa—. Aunque puede que a la señora Heron-Allen sí le resulte un poco molesto.

—Ah —comentó Doyle, al tiempo que fruncía el ceño—. Así que el hombre está casado. Nadie lo diría.

—En eso debo darle la razón, Arthur. Diríase que es un hombre totalmente libre, ¿no le parece?

—A mí me resulta un tipo de lo más común —manifestó Conan Doyle—. Por eso le elegí cuando me invitó a jugar a este juego absurdo. No debería haberle dado el gusto, Oscar.

—Edward Heron-Allen no tiene nada de común, Arthur. Cultiva espárragos. Construye violines. Habla el persa con fluidez. Y es una autoridad mundial en necrofilia, zoofilia, pederastia y en el tráfico de prostitución infantil.

—¡Santo Dios! —Arthur Conan Doyle palideció y miró horrorizado en dirección a Edward Heron-Allen. El joven abogado levantaba en ese instante de sus hombros a Vyvyan Wilde. Luego besó al niño en la cabeza y lo depositó sano y salvo en el suelo—. ¡Santo Dios! —repitió.

—Le he sentado a su lado en la cena, Arthur. Le resultará un hombre fascinante. También lee las palmas de las manos... como la señora Robinson. Permítale que le lea la suya entre plato y plato y le aconsejará si le conviene decantarse por el cordero o por el buey.

—Me ha dejado usted perplejo, Oscar —dijo Conan Doyle sin apartar aún la mirada de Edward Heron-Allen y de Constan-
ce Wilde—. No tengo palabras.

—No importa —fue la despreocupada respuesta de su amigo—. Heron-Allen hablará por usted. Tiene mucho que decir y no tardará en ver que nada de lo que dice carece de interés.

—¿No hablará en serio? —protestó Doyle—. ¿De verdad ese hombre va a cenar con nosotros?

Oscar se rió entre dientes.

—¿Por qué no? A mí me parece un hombre absolutamente respetable. De hecho, esta noche es mi invitado de honor. She-
rard ha venido acompañado del honorable reverendo George
Daubeney. ¿Quién va a ser su invitado?

Conan Doyle se sonaba en ese momento ruidosamente la na-
riz con un gran pañuelo rojo.

—Willie... Willie Hornung —dijo, vacilando al anunciar el
nombre—. No le conoce. Es un joven periodista, un tipo exce-
lente. Uno de los hombres más bondadosos y delicados que co-
nozco.

—Hornung... Willie Hornung. —Oscar paladeó el nombre
como si de un vino desconocido se tratara.

Doyle se guardó el pañuelo en el bolsillo y miró a su amigo a
los ojos.

—Quizá debería avisar a Hornung de que se mantenga en un
discreto segundo plano. Willie no es exactamente lo que se dice
un hombre de mundo.

—No sea absurdo, Arthur. ¿Qué edad tiene?

—No lo sé. ¿Veintiséis? ¿Veintisiete?

—Keats murió a los veinticinco, Arthur. Al señor Hornung le hará bien vivir un poco peligrosamente y tomarse la vida tal como le venga. Es la posibilidad de la perla o del veneno en la ostra lo que convierte la perspectiva de abrirla en una experiencia tan seductora. Además, le necesitamos. De lo contrario seremos trece a la mesa.

—¿Vendrá lord Alfred Douglass?

—¿Bosie? Por supuesto. —Oscar echó atrás la cabeza y se mesó los cabellos—. Bosie vendrá, naturalmente. Y lo hará acompañado de Francis, su hermano mayor. Le gustará lord Drumlanrig, Arthur. Tiene aproximadamente la misma edad que su joven amigo Hornung y es también un hombre de dulce naturaleza. Lo cierto es que aunque me encanta compartir mis banquetes con panteras, también es agradable contar con algunos delicados corderillos en el comedero. No es difícil hartarse de lo malo —añadió, recorriendo la estancia con los ojos—. ¿Dónde se habrá metido Bosie? Ya debería estar aquí.

El salón de los Wilde empezaba a vaciarse. Katharine Bradley y Edith Cooper, las poetisas vestidas de deshollinadores, estaban junto a la puerta lanzándole besos a Oscar. La señorita Bradley, la más alta de las dos, había cogido una alta anea de un jarrón colocado junto a la chimenea y le gritó a su anfitrión:

—Me llevo esto, queridísimo. Espero que no le importe. Moses y Rebecca Salaman vienen a cenar esta noche. Con esto se sentirán como en casa. —Oscar asintió benevolentemente.

Charles Brooke, rajá de Sarawak, hacía en ese momento entrega de un cheque a Constance al tiempo que la felicitaba grandilocuentemente por sus labores caritativas a favor de la humanidad en general y de la Asociación para la Racionalidad en el Vestir. Su esposa, Margaret, una mujer paciente y sencilla, le tiraba del brazo.

—¿Es que no piensas dejar nunca de hablar? —preguntó.

—Sólo si empezamos a escucharle —respondió Constance

con una risa bondadosa, al tiempo que besaba a su amigo en la mejilla—. Gracias a los dos por venir. Y gracias, Charles, por su generosidad. Han sido todos muy amables, muy generosos.

—Es usted, señora Wilde —dijo Edward Heron-Allen, adelantándose hacia su anfitriona y llevándose la mano de Constance a los labios—. Usted nos inspira.

Conan Doyle farfulló algo en su pañuelo rojo y susurró a Oscar:

—Ese hombre es absolutamente intolerable.

—Inspira usted nuestra devoción —prosiguió Heron-Allen, todavía sosteniendo en la suya la mano de Constance y mirándola a los ojos—. La queremos. Es así de simple.

—También queremos a Oscar —dijo una voz procedente del vestíbulo—. Aunque, naturalmente, eso es más complicado.

—Ah —dijo el escritor, dando unas palmadas—. Aquí llega Bosie.

Lord Alfred Douglas apareció en la puerta del salón de los Wilde y posó para los que allí estábamos. Bosie era un muchacho de una belleza arrebatadora. Utilizo la palabra «muchacho» deliberadamente. Aunque en esa época tenía veintiún años, parecía poco mayor que un niño. Tanto es así que, según él mismo me dijo más adelante, en el transcurso de ese verano, una dama de alcurnia se quedó totalmente perpleja cuando, tras invitarle a la merienda de sus hijos, descubrió su error. Incluso ya cumplidos los treinta y un años, la gente solía preguntarle si ya había terminado sus estudios. Oscar a menudo decía: «Bosie contenía la esencia misma de la juventud. Jamás la perdió. Por eso le amaba».

Y es cierto que amaba a lord Alfred Douglas, y jamás sintió el menor reparo en admitirlo. Esbelto como un carrizo y con un rostro perfectamente proporcionado, el cabello un poco rizado y del color del maíz maduro y el cutis como el melocotón más delicado, Bosie era todo un Adonis. Ni siquiera Conan Doyle o yo podíamos negarlo. Oscar le amaba por su aspecto, pero también

por su inteligencia. Bosie era un joven dotado de una mente aguda y de un ingenio afilado —a menudo reclamaba mayor crédito por ser la fuente de algunas de las salidas más originales de Oscar— y dominaba el lenguaje y las palabras de un modo que yo no podía sino envidiar. Era inteligente, aunque indolente. Cuando al año siguiente dejó Oxford, lo hizo sin ningún título. (Como yo mismo lo había hecho. O como los mismísimos Shelley y Swinburne. Y aunque la poesía de Bosey quizá no mereciera ser comparada con la de ellos, lo mejor de su obra ha soportado el paso del tiempo.)

Oscar Wilde también amaba a lord Alfred Douglas por ser quien era. Por mucho que no dejara de hacer irónicos comentarios que sugerían lo contrario, Oscar era un esnob. Le gustaban los títulos nobiliarios. Estaba encantado de mantener una buena «relación de conversación» con el príncipe de Gales. Le hacía feliz que el grueso de sus conocidos incluyera al menos a una docena de duques. Y estuvo no menos encantado cuando descubrió que Bosie Douglas (con su perfecto perfil y modales) era el tercer hijo de un octavo marqués..., aunque se tratara de un marqués de cierta reputación.

Ya en 1892, el padre de Bosie —John Sholto Douglas, noveno marqués de Queensberry— era un hombre de notable fama. Físicamente desfavorecido, achaparrado, iracundo y agresivo, lord Queensberry era un bruto, un matón, un derrochador y un mujeriego. Su única fuerza radicaba en el hecho de que no conocía el miedo. El único motivo que le había permitido requerir cierta fama merecida era que, junto con un amigo de la universidad llamado John Graham Chambers, había codificado las normas de conducta del deporte del boxeo. Él mismo boxeaba en la categoría de peso ligero y, como tal, era un pugilista tenaz y avezado. Era también un yóquey audaz y decidido (montaba sus propios caballos en el Grand Nacional) y un cazador que se distinguía por su crueldad en el campo. Llevaba siempre la fusta en-

cima. Según decían, la empleaba de igual modo con los caballos, con sus perros y con sus mujeres. En 1887, lady Queensberry, la madre de sus cinco hijos, se divorció de él a causa de sus repetidos adulterios.

Bosie despreciaba a su padre y adoraba a su madre. A sus ojos, nada de lo que hacía Sybil Queensberry estaba mal.

—Mi padre no me ha dado nada —decía—. Ha sido mi madre quien me lo ha dado todo, incluido mi nombre.

Lady Queensberry le había bautizado con el sobrenombre de «Boysie» cuando era apenas un bebé. Oscar le llamaba «mi querido niño» desde el mismo momento en que se habían conocido, a principios del verano de 1891. Se hicieron grandes amigos al instante. Ya en el verano de 1892 eran prácticamente inseparables. Allí donde iba Oscar iba también Bosie. A mí me caía bien. A Constance también. Conan Doyle mostraba con él ciertas reservas.

De pie y posando en la puerta del salón, con la cabeza inclinada a un lado como un santo mártir en su cruz, Bosie miró directamente a Constance.

—Señora Wilde —exclamó—, *peccavi*. Me he perdido su fiesta y me había propuesto no perdérmela por nada del mundo. ¿Será capaz de perdonarme? —Sacó entonces de detrás de su espalda un pequeño ramo de primulas sujetas con un lazo azul. Dio un paso adelante y se las ofreció.

Constance le besó como lo habría hecho con un niño y dijo:

—Qué detalle tan conmovedor, Bosie. Gracias. Me alegra que haya venido. Estoy convencida de que Oscar estaba empezando a ponerse ansioso.

Tras saludar con una inclinación de cabeza a Edward Heron-Allen, Bosie se acercó a Oscar y a Conan Doyle. Yo me moví de mi sitio junto a la ventana para unirlos a ellos.

—Te ruego que aceptes mis disculpas, Oscar —dijo el joven Adonis, frunciendo el ceño—. He tenido una tarde espantosa.

Peleándome con mi padre por dinero. Como bien sabes, ha recibido cuatrocientas mil libras y es incapaz de adelantarme cincuenta. Es un monstruo. A veces le asesinaría.

Arthur Conan Doyle arqueó una ceja y se chupó el bigote.

—Hablo en serio —insistió Bosie—. Me gustaría asesinarle, a sangre fría.

—Bueno, pues no puedes hacer tal cosa —dijo Oscar—. Y menos aún esta noche.

—¿Por qué no? —preguntó el joven, petulante.

—Porque es domingo, Bosie, y un caballero jamás asesina a su padre en domingo. Deberías saberlo. ¿Es que no te enseñaron nada en Winchester? Además, es el primer domingo del mes y vamos a ir a cenar al Cadogan. Supongo que no lo habrás olvidado.